

Aunque la edad aproximada de Cecilia es la misma que en las otras dos versiones, las fechas son distintas para poder así, situar la edición de 1882 en la época del corrupto gobierno de Vives. Comparemos: las dos primeras versiones afirman que alrededor de 1826-1827 Cecilia tenía diez años, lo que significa que nació en 1816 ó 1817. Y cuando Cecilia tenía once años, el tiempo de la narración transcurre en 1827 ó 1828. No obstante, según la versión final, Cecilia nació en 1812 y en el segundo capítulo tenía once o doce años. Este pequeño cambio en el tiempo sitúa el presente narrativo alrededor de 1823 coincidiendo así, con el gobierno de Vives que duró desde 1823 hasta 1832. En el capítulo IV se despliega lo que será el telón de fondo político del resto de la novela:

La publicidad con que se jugaba al monte en todas partes de la Isla, principalmente durante la última época del mando del capitán general don Francisco Dionisio Vives, anunciaba, a no dejar duda, que la política de éste o de su gobierno se basaba en el principio maquiavélico de corromper para dominar, copiando el otro célebre del estadista romano: *divide et impera*. Porque equivalía a dividir los ánimos, el corromperlos, cosa que no viese el pueblo su propia miseria y su degradación. (p. 90).

Es importante tener en cuenta la fecha en la que concluye la novela. Los críticos que han comentado este aspecto de la obra afirman que *Cecilia Valdés* acaba en 1831.¹⁷ Asimismo, Villaverde, en su prólogo, informa al lector que ésta se desarrolla entre 1812 y 1831. Nosotros, sin embargo, sostenemos que concluye en 1832, porque, si bien en 1831 Cecilia es condenada a un año de prisión, Isabel, antes de profesar, pasó un año como novicia en un convento, al que ingresó también en 1831. Esto es evidente en el siguiente fragmento de la novela: «Por lo que hace a Isabel Ilincheta, desengañada de que no encontraría la dicha ni la quietud del alma en la sociedad dentro de la cual le tocó nacer, se retiró al convento de las monjas Teresas o carmelitas, y allí profesó al cabo de un año de noviciado» (II, p. 283). De aquí concluimos que la novela acaba en 1832.

Igualmente significativa es la fecha de nacimiento de Cecilia, no sólo porque coincide con la de Villaverde (algunos críticos ya han comentado que Cecilia Valdés y Cirilo Villaverde tienen las mismas iniciales y las mismas fechas de nacimiento)¹⁸ sino —lo que es mucho más importante— porque 1812 es el año de la conspiración de Aponte en la que los negros libres, con ayuda de algunos haitianos, intentan liberar a los esclavos cubanos. La conspiración fue reprimida en su etapa preparatoria.¹⁹ La novela transcurre en un período en que los negros en Cuba eran más numerosos que los blancos. El temor de que en Cuba se diera una revolución parecida a la haitiana y la abundancia de esclavos africanos hizo que los blancos oprimiesen aún más a sus siervos. Si la *Cecilia Valdés* de 1839 se limita a describir la relación entre Cecilia, Leonardo e Isabel, el primer volumen de la edición de 1882 trata directamente el tema de la esclavitud en Cuba. Además, en este primer volumen se irá creando la atmósfera necesaria para, más tarde, en el segundo, hacer la descripción de la esclavitud en el ingenio azucarero cubano.

El primer volumen de la versión definitiva cuenta cómo Cándido Gamboa se hace rico con el tráfico de esclavos, cómo los negreros arrojaban a los esclavos por la borda para huir de las naves británicas y cómo amontonados unos encima de otros, morían

¹⁷ Ver, por ejemplo, Tudisco y Tudisco, p. 36.

¹⁸ Friol considera que el hecho de que las iniciales de Cirilo Villaverde y Cecilia Valdés sean las mismas es mera coincidencia (p. 200).

¹⁹ Ver, por ejemplo, José Luciano Franco, Las conspiraciones de 1810 y 1812 (*La Habana, Editorial de Ciencias Sociales*, 1977).

de asfixia en las bodegas de los barcos. Estas revelaciones horrorizan incluso a doña Rosa Gamboa, a pesar de que ella misma era dueña de esclavos. Nos cuenta, además, la historia de Dolores Santa Cruz, esclava que trabajando consiguió la libertad y el dinero suficiente para comprar una casa y sus propios esclavos. Posteriormente los tribunales le quitaron la casa y lo perdió todo, aun la salud mental.

El mensaje está claro: la esclavitud para los negros es un sistema hermético, del cual no hay salida, al menos por medios legales. Mas, condiciones similares a la esclavitud existen incluso fuera de este sistema. Las crueldades de la esclavitud son claramente visibles en el segundo volumen de la novela, cuando los Gamboa vuelven al ingenio. *Cecilia Valdés* va más allá que otras novelas antiesclavistas al darnos una vívida descripción de los esclavos cimarrones, tanto de los del campo como de los de la ciudad, y las razones que les llevaron a actuar en forma tan arriesgada. De hecho, uno de los episodios más traumáticos es el que dedica a Pedro, el esclavo cimarrón que fue capturado y mordido por perros, llevado al cepo y finalmente a la enfermería, donde se suicida tragándose la lengua. Pedro prefiere tener una muerte lenta y dolorosa, peor aún que la horca, antes que volver a ser esclavo. María de Regla nos lo cuenta: «Acaba de sacarse los dedos de la boca, apretaba los dientes y procuraba agarrarse de la tarima con las dos manos. Entonces le entraron convulsiones. Me dio horror... Muchos he visto morir desde que estoy aquí, pero ningún muerto me ha causado tanto horror». (II, p. 115).

Probablemente lo más significativo de la versión de 1882 es el desarrollo del personaje de doña Rosa, la madre de Leonardo. En las dos primeras versiones se trata de una figura secundaria: sólo aparece en el cuento cuando la joven Cecilia va a su casa, y en el volumen de 1839 cuando Leonardo sale una noche y ella espera su regreso. En la edición de 1882 juega un papel más importante, incluso puede considerarse como uno de los personajes más poderosos, no sólo por su riqueza material (ella es la dueña del ingenio), sino también por su personalidad. Don Cándido no manda a Leonardo al extranjero, para impedir sus relaciones con Cecilia, precisamente por ella, y aunque doña Rosa tiene cierta debilidad por su único hijo varón, es ella quien lo controla. De esta manera, aprueba la relación de su hijo con su amante, Cecilia, la mantiene económicamente e incluso le dice cuándo debe dar por finalizada esa relación y casarse con Isabel.

Lo que aquí se cuestiona es el concepto de maternidad en la sociedad blanca en la Cuba del siglo diecinueve. Doña Rosa es la madre de sus hijos, pero no la madre de Cecilia. María de Regla, la esclava negra que es la contrapartida materna de doña Rosa, no sólo crió a su propia hija Dolores, sino que fue también la nodriza de Cecilia y de la hija de doña Rosa, Adela; era, por lo tanto, la madre simbólica de ambas. Doña Rosa siempre lamentó no haber podido criar a su hija, de lo que se ocupó, como hemos dicho, su esclava María de Regla. Resentida, por ello, la castiga mandándola al ingenio cuando la sorprende dándole de mamar a Dolores. María de Regla es, de todas las madres de la novela, la única que cría a su propio hijo; ni doña Rosa, la madre de Adela, ni Rosario Alarcón, la madre de Cecilia, lo hacen. María de Regla, nombre que conjuga a la Virgen María y a la Virgen de Regla (virgen negra a la que se rinde culto en Cuba), no sólo es la madre de Adela, Cecilia y Dolores sino también la madre de las razas blanca, negra y mulata que sus hijas representan. María de Regla está presente ya en el primer capítulo de la edición de 1882, cuando le piden que críe a Cecilia, que acaba de nacer.

Este capítulo no aparece en las dos primeras versiones. Por otra parte, la presencia de María de Regla se hace sentir a lo largo de toda la obra y es ella, y no doña Rosa, quien conoce todos los secretos de la vida de don Cándido.

El hecho de que el mulato Pimienta, amante frustrado de Cecilia, mate a Leonardo Gamboa, supone un final insólito dentro de la novela antiesclavista. Las implicaciones de la muerte de Leonardo van más allá de una simple disputa entre dos amantes. Su muerte implica la muerte de la familia Gamboa, es decir, la muerte de una madre que vivió para su hijo y la muerte de un padre que vio en su hijo el único heredero posible de un título nobiliario recién adquirido. La muerte de Leonardo, además, pone fin a la explotación histórica de mujeres negras y mulatas. Este modelo de explotación se dio en la familia de Cecilia a lo largo de varias generaciones. Comenzó con Madalena Morales (II, p. 154), la abuela de Cecilia, y concluirá con la hija de Cecilia: las dos versiones de 1839 afirman que la explotación acabaría en la quinta generación. Esto sitúa el principio de la explotación histórica a comienzos del siglo XVIII, posiblemente cuando la familia de Cecilia era esclava, y augura cambios radicales en el gobierno español hacia mediados del siglo XIX. Villaverde omite este dato en la edición de 1882 porque ni la emancipación de los esclavos en 1886 ni la independencia de Cuba en 1898 coinciden con la quinta generación.

La novela de Villaverde es más comprometida que otras novelas antiesclavistas por el hecho de que un mulato mata a un blanco. Aunque Manzano reacciona emocionalmente al llanto de su madre, sus emociones nunca se ven traducidas en actos.²⁰ De la misma forma, en *El negro Francisco*, de Zambrana, el protagonista contempla la posibilidad de matar a su amo, pero luego su amante le disuade.²¹ Tan sólo en *Cecilia Valdés* se da el caso de que un mulato asesine a un blanco. Mientras que para algunos este desenlace puede resultar ofensivo, para otros es muy sugestivo. La novela nunca aclara si Pimienta fue capturado, dejando así al lector abierta la posibilidad de que escapara.

La versión de 1882 de *Cecilia Valdés* clausura una importante etapa de la literatura cubana en general y del desarrollo de la narrativa antiesclavista en particular: *Cecilia Valdés* es la última novela antiesclavista escrita antes de la emancipación de los esclavos cubanos en 1886; la última que seguiría esta línea literaria y además la más atrevida dado el valor simbólico que concede a la muerte de un blanco explotador de mujeres negras. Igualmente significativo es el hecho de que nunca se descubra al asesino, el mulato.

A despecho del sugerente final de la novela, la emancipación de los esclavos cubanos no contribuiría en mucho a mejorar la situación de negros y mulatos. Lo que parece ser la circularidad de la historia anticipa el surgimiento de otro tipo de narrativa antiesclavista que no sólo tratará el tema de la esclavitud con mayor objetividad, sino que además denunciará la existencia en Cuba de condiciones muy similares a la esclavitud de los siervos negros después de la emancipación.

William Luis

²⁰ Juan Francisco Manzano, *Autobiografía de un esclavo*, ed. por Ivan Schulman (Madrid, Ediciones Guadarrama, 1975).

²¹ Antonio Zambrana, *El negro Francisco* (1873; rpt., La Habana, Imp. P. Fernández y Cía., 1953).

